

I
**UN ANÁLISIS DEL CAPITALISMO ACTUAL:
INSTRUMENTOS PARA UN ANÁLISIS
CRÍTICO**

1. DE VUELTA A LO BÁSICO: LOS INSTRUMENTOS DEL ANÁLISIS

Algunas cuestiones críticas

El cambio que tuvo lugar en los años noventa del siglo XX después de la caída de la Unión Soviética dejó su impronta en las décadas siguientes de la humanidad. La expansión del sistema capitalista por todo el mundo se convirtió en un hecho concreto; aquella parte del mundo que había ensayado un tipo diferente de desarrollo volvió atrás, y el sistema actual penetró en todos los dominios económicos, sociales y geográficos imponiéndoles sus propias reglas.

Aquellos países que todavía se denominan socialistas tuvieron que enfrentar esta nueva situación e introducir parcialmente relaciones capitalistas. China, cuyo socialismo cargado de contradicciones es complejo y su resultado es aún incierto, también tuvo que adoptar este enfoque. Queda por ver si como condición de su participación en la economía global se verá forzada a seguir o será conducida por esta vía aparentemente capitalista o si será capaz de enfrentar el reto de la globalización capitalista neoliberal. Estas cuestiones se debaten desde diferentes perspectivas.

El mundo cambió de una situación bipolar a otra donde existen muchos sujetos que se caracterizan por profundas contradicciones o modificaciones en sus Estados. Se trata de auténticas transformaciones que guardan relación con las condiciones materiales en las que operan diferentes “actores” internacionales y en las que las relaciones de poder recíprocas y muy desiguales desempeñan un papel determinante.

En el escenario actual existe una pluralidad de sujetos o actores que cuentan con un potencial económico, político, militar y nuclear que a mediano plazo cuestionan las relaciones de poder heredadas del anterior sistema bipolar.

En este escenario los Estados Unidos son, sin lugar a dudas, el protagonista principal. Pero es evidente, como mostraremos más adelante, que este país está perdiendo terreno en la esfera económica en relación con sus principales competidores, en particular con la Unión Europea. Está emergiendo un nuevo polo europeo como una gran potencia mun-

dial comparable a los Estados Unidos, aunque con muchas dificultades y contradicciones.

Europa no es el único candidato potencial a convertirse en sujeto de la competencia global. También China posee todos los requisitos subjetivos y objetivos para desempeñar este papel, aunque en este momento no puede competir con las potencias occidentales y Rusia, aunque en lo económico y militar no se iguala a los Estados Unidos, posee un arsenal nuclear que heredó de la Unión Soviética. Esto sigue siendo un factor importante en las relaciones internacionales, toda vez que refleja la estructura de las relaciones de poder en este nivel. Rusia puede conservar su papel gracias a sus vastas reservas de recursos naturales y a su capacidad para producir energía.

Es este el nuevo escenario que surgió una vez que el sistema bipolar llegó a su fin. Se trata de un mundo donde los Estados Unidos son la potencia hegemónica, pero donde también nacen potencias nuevas en el contexto de relaciones internacionales conformadas por el más reciente viraje en el desarrollo capitalista. La competencia entre sistemas sociales diferentes es sustituida por la competencia entre potencias distintas dentro de un mismo sistema capitalista mundial. Esta competencia, aunque habitualmente favorece a los Estados Unidos, prefigura una inestabilidad internacional que constituye un reto para todas las posiciones anteriores de dominio económico, político y militar. Los Estados Unidos enfrentan ya un escenario en el que retienen la supremacía militar pero pierden su superioridad económica y su hegemonía financiera.

Este cambio histórico en la situación internacional se interpreta de diferentes modos, pero todas estas interpretaciones son apologeticas. Para aquellos que contemplan el mundo desde la óptica de la “democracia” liberal, esta multipolaridad que surge constituye una oportunidad para restaurar el balance de fuerzas y con él un mundo mas armonioso basado en la unión entre capitalismo y democracia. En este escenario, las relaciones internacionales entre el Norte y el Sur se democratizan y el desarrollo global, que solo el capitalismo puede garantizar después de su victoria contra el socialismo, restringe las contradicciones de clase y económicas. Es este el punto de vista que sustentan, ante todo, los proeuropeos, quienes consideran que el mundo multipolar constituye una oportunidad que Europa debe aprovechar para recuperar el papel histórico que había perdido como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, nos ofrece un ejemplo de esta visión del futuro. En sus recientes escritos ha expuesto claramente su programa político, que depende de la necesidad que tiene Europa de convertirse en una gran potencia en el nuevo siglo.

En una interpretación más “realista” (“geopolítica”) del futuro, el mundo es un gran “tablero de ajedrez” donde las grandes potencias se enfrascan en una partida política en la que está en juego el dominio o la hegemonía mundial. Se asume que el sistema actual seguirá generando

tasas adecuadas de acumulación de capital y crecimiento económico. En esta cuestión, la interpretación “geopolítica” de los asuntos mundiales comparte el punto de vista “democrático liberal”. Por lo menos este parece ser el argumento de aquellos que piensan que es posible determinar el poder mundial por medios militares a un costo aceptable. La clase dominante norteamericana y la administración Bush son los principales partidarios de esta interpretación “geopolítica”. Este punto de vista se apoya en el argumento de que la fuerza militar es necesaria para proporcionar una sombrilla de seguridad al sistema.

Pero existe también una tercera interpretación que, al tiempo que se considera “antagónica” del argumento según el cual los Estados Unidos deben proyectar su fuerza militar, acepta la noción de que el capitalismo no tiene otras contradicciones internas con la excepción de una “multitud” mítica que se considera la única fuerza capaz de transformar el sistema actual. Nos referimos aquí a la teoría del “imperio” elaborada por Toni Negri y Michael Hardt. Para ellos, la formación del “imperio” es la fuerza motriz de un desarrollo capitalista que se caracteriza por la superación del Estado-nación. No pretendemos analizar detalladamente sus puntos de vista y nuestras diferencias con ellos.* En esta obra solo destacaremos la contradicción que surge en los primeros capítulos, contradicción que tiene que ver con la dimensión jurídica del sistema capitalista, y con el pensamiento burgués (y el pensamiento de Hardt y Negri es completamente burgués). En realidad, la crisis en el funcionamiento de virtualmente todas las instituciones que forman el orden mundial neoliberal debería ser obvia. Pero estas son las mismas instituciones que debían ser la fuerza motriz de un sistema global en el cual el capital impondría su “imperio” al Estado-nación. Esto incluye a los Estados Unidos, que aparece simplemente como un miembro, aunque el más importante, de las Naciones Unidas. Pero la ONU —junto con la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM)— ha dejado de ser el lugar donde se median las necesidades e intereses diferentes y orgánicamente recíprocos de las distintas fracciones del capital mundial. Por el contrario, como mostró la agresión norteamericana contra Iraq, son esos los lugares donde los diferentes actores defienden sus propios intereses en detrimento de los de sus competidores a riesgo de irremediables rupturas. En los pasillos donde se elabora la política norteamericana este problema se contempla como una cuestión de “exageración imperial” y que exige adoptar un enfoque más multilateral de los asuntos mundiales.

Estas diversas interpretaciones, que exponemos en términos muy generales y sintéticos, son muy limitadas. Es más, son erróneas. Por un

* Véase M. Casadio, J. Petras, L. Vasapollo: *Clash! Scontro tra potenze. La realtà della globalizzazione*, Jaca Book, Milano, 2004.

lado, no son más que un instrumento de los intereses internacionales y sirven así de ideología dominante, entendida en su sentido clásico: como un medio para generar una “falsa conciencia” en las masas, que son objeto de una manipulación sistemática y planeada. Por otro —y aquí tenemos en cuenta la teoría del Imperio—, nos parece que algunos rasgos exteriores de una fase específica del capitalismo se generalizan de una manera inadecuada. Algunos aspectos fenomenológicos se tratan como si fueran esenciales, cuando en realidad son transitorios y esconden procesos fundamentales del modo de producción capitalista. Los efectos políticos de semejante concepción producen un “pensamiento nebuloso”, es decir, una incapacidad para concebir alternativas exitosas. En realidad, estas ideas no están subordinadas al Imperio sino, como muestra la postura de Negri, a una parte de él, esto es, a la parte “democrática” y “multipolar” que contradice la unidad del Imperio hipotético.

Por consiguiente, debemos desarrollar un análisis que preste más atención a los aspectos estructurales e históricos si aspiramos a interpretar la naturaleza del imperialismo del siglo XXI. Este imperialismo se manifiesta en formas materiales diferentes a las que analizara Lenin, aunque conserva su esencia.

No enfrentamos entonces a una declinación de la capacidad del capitalismo para planificar que vuelve a generar viejos escenarios bajo formas diferentes. Debemos reflexionar sobre esta declinación y sus causas, sobre las razones por las que el capitalismo regresa a un estado anterior que choca con los intereses de la humanidad.

También debemos verificar y fortalecer las categorías del análisis marxista de la realidad que quedaron a merced de la ortodoxia y el economicismo. Debemos actualizar y otorgar nuevo vigor a esas categorías y a nuestro análisis.

El imperialismo del siglo XXI: hacia un análisis estructural

La excesiva importancia que el movimiento obrero y comunista le dieron a la dimensión estructural en el análisis del modo capitalista de producción solía originar una perspectiva economicista que, al hacerse dominante, se convirtió en fuente de serios errores políticos y teóricos. Por otra parte, esta crítica, que nunca debió perderse de vista, no debe ocasionar una subestimación de la importancia que tiene la dimensión estructural como condición general del choque entre acciones y conciencia.

Un análisis del imperialismo exige tomar en cuenta la teoría leninista, incluso cuando abordamos el imperialismo del siglo XXI partiendo de consideraciones previas. Pero no debemos considerar los escritos de Lenin como un dogma. Por el contrario, debemos tratar de comprender

si los rasgos fundamentales que Lenin describiera siguen siendo válidos en la fase actual.

Desde esta perspectiva, es claro que el proceso de concentración del capital aún es una fuerza decisiva. Somos testigos del florecimiento de las concentraciones industriales, comerciales y financieras en todos los países capitalistas avanzados. En lo esencial, las compañías siguen estando obligadas a forjar alianzas que producen un número cada vez mayor de concentraciones. No solo tenemos en cuenta las concentraciones espaciales, sino también las de las propiedades y las finanzas.

Desde comienzos del siglo xx, tres han sido los picos en los procesos de *concentración técnica*, *concentración económica*, *concentración financiera* y, por último, *concentración territorial*. La primera tuvo lugar entre 1897 y 1905. Durante este período, un promedio anual de 350 compañías desaparecieron como resultado de procesos de fusión. El punto superior se alcanzó en 1898, cuando 1 208 compañías fueron adquiridas. El segundo pico se registró a mediados del veinte del siglo xx, entre 1925 y 1929, cuando se fusionaron unas 4 500 compañías. El tercer pico se alcanzó entre 1955 y 1968. Durante este período 1 114 compañías fueron absorbidas y un número mayor de compañías prefirieron comprar empresas ya existentes en lugar de crear otras. El proceso de concentración se detuvo después de las crisis del petróleo de 1974 y 1979. Pero ya a partir de mediados de los años ochenta un número cada vez mayor de firmas, incluidas las grandes, se fusionaron. Estos años se caracterizaron por innumerables adquisiciones extranjeras como resultado de la progresiva internacionalización de las actividades de las compañías.

Obsérvese que, mientras que en la década de los ochenta las grandes adquisiciones y fusiones tuvieron lugar en el sector manufacturero, las nuevas tienen rasgos diferentes debido a la apertura de nuevos mercados, lo que a su vez guarda relación con la liberalización de las inversiones y la circulación del capital. Esto ocurre sobre todo en el sector de los servicios, lo que facilitó la expansión de las actividades de las firmas en el exterior en virtud del tamaño de las compañías y del extendido ámbito de las multinacionales en lo concerniente a la producción y la ubicación. Hoy día las multinacionales prestan mucha mayor atención al capital inmaterial en el proceso de producción y al nivel medio de desarrollo de las zonas geoeconómicas.

Por ejemplo, un análisis de la concentración de las finanzas y la producción muestra claramente que las compañías europeas tienden a fusionarse con compañías —o a adquirirlas— fuera de las fronteras de los Estados Unidos, aunque las reglas y los métodos de las fusiones y adquisiciones varían de un país a otro. En los últimos años, donde más adquisiciones tuvieron lugar fue en Francia, en términos del control de propiedades conjuntas extranjeras. Suecia, Suiza, Alemania y Holanda siguieron la misma política. El Reino Unido, por otra parte, es el mercado más fácil de conquistar. Por ejemplo, Nissan trasladó su división de

ensamblaje a ese país, mientras que ICL fue adquirida por Jujitsu con el fin de incrementar su parte en el mercado de las computadoras. Las alianzas entre Rover y Honda, y entre Volkswagen y Suzuki nacieron con el fin de aumentar la producción y la rentabilidad a cambio del acceso a los mercados del Reino Unido y Alemania.

Por otra parte, la considerable concentración de grandes compañías norteamericanas en la mayoría de los casos se debe a intensos procesos de fusiones y adquisiciones. Nos enfrentamos a un dramático proceso de concentración que no tiene paralelo histórico. Basta mencionar que en solo un año, 1999, se realizaron 25 000 transacciones de este tipo.

Estas transacciones aumentaron un 14% en el 2000. Su importancia se puede entender mejor si observamos su magnitud: 500 millardos* de dólares en 1990, 2 500 en 1998 y 5 000 en el 2000. La burbuja especulativa hizo algo más lento este proceso, pero se puede pronosticar que la crisis de liquidez provocará una nueva ola de fusiones. Debemos señalar también otro hecho importante: la “función decisiva” de los monopolios. Si consideramos las 274 compañías de la Unión Europea que se encuentran entre las mayores del mundo, veremos que en el 2001 la facturación de 18 compañías alemanas fue de 737 millardos de euros, la de 24 compañías francesas alcanzó los 474 millardos de euros y la de 13 compañías italianas los 170 millardos.

Este fenómeno ocurre tanto en los Estados Unidos como en Europa y Asia. Los procesos de concentración acelerada que afectan a todos los grandes polos capitalistas condujeron a una economía mundial que se encuentra cada vez más en manos de multinacionales. Poseen una infinita capacidad para controlar el mundo, aunque esto tiene lugar en consonancia con diferentes modelos organizativos y técnicos según el sistema de la empresa y el tipo de capitalismo.

Debemos subrayar que debido a estos procesos de internacionalización económica y relocalización productiva, los principales polos capitalistas se ven afectados por constantes fusiones, adquisiciones y concentraciones financieras e industriales que suelen adoptar la forma de procesos capitalistas que buscan agrandar su espacio de competencia. En este contexto las multinacionales desempeñan un papel estratégicamente fundamental. Es por ello que debemos destacar las fusiones y adquisiciones relacionadas con la “nueva geografía” de los sectores y propiedades de las multinacionales.

La competencia global y el desarrollo tecnológico influyó grandemente en la dirección, la dinámica sectorial y de ubicación, y la organización de los procesos productivos de las multinacionales. Pero la mayor parte de las fusiones y adquisiciones debe relacionarse con las políticas de privatización de estos últimos años. Por ejemplo, la mayoría de las operaciones en el sector de las telecomunicaciones se realizaron en Bra-

* Un millardo = 1 000 millones. (*N. de la E.*).

sil, donde casi todas las compañías de ese sector (por ejemplo, Telebràs) fueron privatizadas. Un estudio reciente de la UNCTAD (sigla en inglés: United Nations Commission on Trade and Development), que abarca las fusiones y adquisiciones durante la década de los noventa, muestra que el mayor crecimiento se produjo en el sector automovilístico, donde también se pueden observar que las mayores fusiones y adquisiciones ocurrieron a finales de esa década. En las telecomunicaciones se establecieron nuevas alianzas internacionales debido sobre todo a las recientes liberalizaciones y privatizaciones que se llevaron a cabo en ese sector en los principales países industrializados.

Asimismo, debemos recordar la fusión del capital bancario e industrial que determinó la formación de la oligarquía financiera. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la parte porcentual de las compañías de seguros y bancos en las compañías industriales de los países más importantes de la Unión Europea. La sola compañía Allianz forma parte de 29 asociaciones industriales con un valor de 51 millardos de euros. Las mayores son: Beiersdorf (38% de las acciones), Man (25%), Linde (11%), Basf, RWE, Schering (10%), Bayer (7,5%). Las 10 asociaciones de Dresner (que tienen un valor de 19 millardos de dólares) deben añadirse a estas 29 después de que esta última se fusionó con Allianz. Las más importantes son Heidelberg Zement (20%), Metallgesellschaft (12,6%), Continental (11%) y BMW (5%). En cuanto al Deutsche Bank, sus 18 asociaciones con un valor de 22 millardos de dólares incluyen a Holzmanb (15%), Metallgesellschaft (13%), Daimler Chrysler (12%), Linde (10%), Heidelberg Zement (8,7%) y Continental (8%). Commerzbank (que ocupa el último lugar con una participación de “solo” 7,3 millardos) posee partes importantes en Thyssen-Krupp (18%), Linde (10%), Man (6,5%) y Holzman (4,9%). La globalización en curso del sistema capitalismo, tal como ocurría en época de Lenin, se caracteriza por el predominio de las exportaciones de capital sobre las de mercancías. Podemos asegurar, sin temor a que se nos contradiga, que en el paradigma productivo actual los países capitalistas importan mercancías de los dominados pero conservan su predominio gracias a su supremacía financiera y sus exportaciones de capital.

Después de la crisis internacional, las grandes potencias económicas tuvieron que acelerar las reformas de los mercados financieros y monetarios internacionales interviniendo en la política monetaria y reduciendo repetidamente las tasas de interés, y de ese modo obtener un poder absoluto sobre los “países en desarrollo” y controlarlos política y económicamente.

El crecimiento económico de algunos de estos países se debió a los procesos de acumulación y cambio tecnológico que originaron un nuevo modelo de dependencia económica y financiera en los dos grandes bloques económicos, los Estados Unidos y la Unión Europea. La moderna reproducción en gran escala del aparato industrial se basa en las

importaciones de maquinaria, herramientas y productos terminados. El gran nivel de importaciones inherente a este modelo de crecimiento, la falta de dinamismo de los sectores exportadores, las relaciones de intercambio desigual, la dinámica de las Inversiones Extranjeras Directas (IED), los movimientos del capital financiero y la repatriación de las ganancias son algunas de las causas del desequilibrio macroeconómico y de la tendencia constante hacia los déficit en la balanza comercial. Este último se trata de resolver recurriendo a la deuda externa y al capital extranjero como medio de conseguir un equilibrio en la balanza de pagos. Este modo de acción económica determina cada vez más las políticas monetaristas y neoliberales, aunque no afecta las causas más profundas del desequilibrio en la estructura de producción, por lo que incrementa el déficit comercial.

Muchos gobiernos de los países en desarrollo, debido a que aceptan las recomendaciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, siguen aplicando políticas de “ajuste estructural”, abren sus mercados a un ritmo acelerado, privatizan las empresas estatales, desregulan la economía y recurren a políticas antinflacionarias. Las primeras consecuencias de estas políticas son la reducción de los salarios reales, el aumento del desempleo, la desindustrialización, la ausencia de inversiones reales y productivas financiadas por el capital nacional y, por tanto, la mayor dependencia respecto de los grandes bloques económicos. Además del incremento de la deuda externa y del empleo del capital extranjero, aumentan la rentabilidad de este y la repatriación de las ganancias lo que, por consiguiente, se traduce en el desequilibrio del sector exportador. El refinanciamiento de la deuda acumulada ocasiona una entrada cada vez mayor de capital extranjero.

Lejos de desacelerar la descapitalización, todo esto ayuda a financiar un desarrollo dependiente con la ilusión de conseguir ventajas duraderas. Pero a fin de mantener los niveles de rentabilidad se estimulan, tanto el empleo del capital extranjero, como la dependencia de las estructuras y los equipos foráneos, se explota cada vez más a los trabajadores, se reducen las inversiones públicas y se aplican políticas restrictivas. Por lo tanto, los países en desarrollo, a través de sus gobiernos (que también son clientes de la gran potencia), entran en un círculo vicioso de dependencia tecnológica y financiera que no hace más que elevar la deuda externa y hacer más difícil la supervivencia de poblaciones enteras.

Los procesos de globalización de la economía y, dentro de ellos, el papel dominante de las finanzas se le imponen al Tercer Mundo junto con nuevas formas de la acumulación flexible. A la luz de lo expuesto anteriormente, estos procesos se convierten, junto con la turbulencia de los mercados, en factores sumamente importantes que pueden influir decisivamente en los procesos de toma de decisiones relacionados con la creación de valor mediante las inversiones y, de una manera más general, con la acumulación.

La tendencia hacia el predominio de las finanzas en la economía nunca ha sido tan fuerte. Si existe un mercado global no es este el de la fuerza de trabajo y las mercancías. La política de barreras comerciales es cada vez más fuerte pero los mercados de capital se desregulan y liberalizan sin cesar.

Desde la década de los ochenta, la especulación financiera recobró fuerzas y volvió a convertirse en un protagonista en la escena mundial. En la de los noventa, los movimientos de capital internacional se emplearon para generar crisis en algunas zonas económicas. El comienzo tuvo lugar en 1995. Ese año marcó la subordinación de México a los Estados Unidos. La crisis de 1998-1999 la siguió. Abarcó los países asiáticos, Rusia y, sobre todo, Japón. Este último dejó de ser un protagonista económico internacional para convertirse en un sujeto secundario del escenario mundial. Este retroceso contuvo las ambiciones que tenía Japón de convertirse en centro del bloque económico asiático, un objetivo que databa de la década de los noventa.

El dominio del capital financiero en el imperialismo del siglo xx resulta evidente y algunos datos lo demuestran fácilmente. Es bien sabido que los flujos financieros actuales son un múltiplo de los flujos comerciales. Por ejemplo, en 1998 el movimiento diario de capitales en el mundo era de unos 2 000 millardos de dólares. Pero solo 1/50 o quizás incluso un 1/100 de esta cifra tenía relación con el comercio. El incremento de estas cifras es muy importante. Calculadas sobre una base de treinta años, las transacciones financieras fueron de 10-20 millardos de dólares diarios en 1970, de 80 millardos en 1980, de 500 millardos en 1990 y, como ya se mencionó, de 2 000 millardos de dólares en 1998.

Por último debemos mencionar que, después de la caída de la URSS, la recomposición de las zonas mundiales de influencia recobró velocidad. Ya mencionamos el cambio trascendental que tuvo lugar en la década de los noventa hacia un mundo multipolar. En este, además de las diferentes relaciones de poder, cada Estado dominante hace lo posible por obtener mayores cuotas de riqueza y se reorganiza más allá de su dimensión nacional. Esta nueva subdivisión del mundo, diferente de la subdivisión colonial del siglo xix, tiene una función central. De hecho, la división actual, o lo que sería más exacto, el reparto del mundo no sólo define las zonas de influencia de las distintas unidades imperialistas, sino también traza nuevas configuraciones estatales y geopolíticas cuyos contornos surgen de una manera cada vez más claras mediante la constitución de varios bloques económicos de zonas y alrededor de las potencias hegemónicas. Esta situación ocasiona cambios estructurales tanto en los países imperialistas como en los dominados. Aparece entonces una integración más orgánica, diferente a la colonial, que no hace desaparecer los Estados-naciones. Por el contrario, determina un desarrollo históricamente nuevo que no está encaminado a la constitución del llamado "Imperio", sino hacia la nueva configuración del imperialismo actual.

Los bloques económicos

La crisis de la economía internacional entró en una nueva fase cuyo rasgo fundamental consiste en que los Estados-naciones se hacen responsables del curso del conflicto entre diversas burguesías nacionales. De este modo el conflicto económico se traslada al plano político y militar.

El estallido del conflicto político entre las grandes potencias y la posibilidad de que se desencadene una guerra provocarán inevitablemente la movilización subjetiva de las grandes masas alrededor del tema de la paz y la justicia internacional. La tarea de los intelectuales consiste en interpretar las tendencias objetivas del desarrollo capitalista y contribuir a dar forma a los anhelos de paz y justicia.

El conflicto entre las principales zonas de desarrollo capitalista (América del Norte, Europa Occidental y Japón) por la distribución del poder económico entre esas zonas se han mantenido durante años. Hasta 1966, el valor de la producción industrial de los Estados Unidos era mayor que el de Europa Occidental y Japón juntos. Pero, desde 1975 es menor que el de la sola Unión Europea. Este conflicto proviene del intento de los Estados Unidos por incrementar su cuota o, en todo caso, hacer más lenta la disminución de su importancia económica en el mundo.

*El continuo debilitamiento del potencial económico norteamericano implicaría eventualmente que los Estados Unidos son incapaces de seguir controlando los instrumentos de regulación (por imperfectos que estos sean) del proceso de producción, intercambio y acumulación de la economía internacional, es decir, el control del suministro de la divisa internacional, de los flujos financieros internacionales y de las reglas del intercambio internacional. La pérdida de este control se añadiría a la de su importancia económica y reduciría la economía norteamericana a una condición de subordinación en relación con los impulsos provenientes de la economía internacional. Podría también surgir el peligro de que otro se apropiara del control de los instrumentos de la regulación capitalista internacional, lo que infligiría grandes daños al capitalismo norteamericano. Estos párrafos se extrajeron de un trabajo titulado *La fragmentación de la economía mundial*, escrito a comienzos de la década de los ochenta por Riccardo Parboni, un economista que falleció a finales de esa década.*

La interpretación de Parboni enfoca correctamente las contradicciones que habrían determinado los subsiguientes acontecimientos y el cambio histórico del desarrollo capitalista. En aquel momento era imposible prever el momento y las formas de este cambio, pero si era posible discernir sus tendencias.

Con el surgimiento de las contradicciones entre las grandes potencias capitalistas, que se manifestaron por primera vez desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y otros países en-

frentan el problema de cómo abordar esta nueva situación y su amenaza potencial para toda la estructura de la sociedad capitalista. Esto coincide con la hipótesis de Parboni en cuanto a las movilizaciones en favor de la paz, que describía escenarios que no se materializarían en las formas y el momento hipotéticos.

El capitalismo sale de esa situación siguiendo políticas específicas. Solo podemos esbozarlas sin llegar a una descripción y un análisis detallados. La primera es un cambio radical del aparato productivo tanto en los países “centrales” como en el que se acostumbra llamar Tercer Mundo. Este cambio se produjo mediante el desmantelamiento de las enormes fábricas fordistas en las naciones imperialistas, la descentralización y la relocalización de la producción, y el desarrollo de grandes redes de actividades de servicios, distribución y financieras. Estos, los sectores más avanzados de la producción y la mercadotecnia, utilizaron la revolución científico-técnica de esa época mediante el desarrollo de la tecnología de computación, la automatización y sus aplicaciones prácticas. Este proceso de reorganización y de desarrollo tecnológico iba acompañado de una política antiobrero que desmantelaba lenta pero inexorablemente las conquistas jurídicas y económicas conseguidas por las luchas de la clase obrera en la década precedente.

En los países imperialistas se llevó a cabo una profunda reestructuración social a través del predominio de las finanzas en la economía después de la crisis de la década de los setenta. Gracias a estas reorganizaciones, las ganancias —que estuvieron jadeando después de años de constantes crisis y reestructuraciones— aumentaron como resultado de las privatizaciones, los recortes de gastos sociales y el despojo de los fondos de pequeños ahorristas. Las políticas en los antiguos países del Tercer Mundo tenían los mismos rasgos que las de los países imperialistas, aunque desde el punto de vista cuantitativo parecían robos feroces. En particular, la política de deuda externa que proponían el FMI y el Banco Mundial consiguió forzar a países y zonas enteras de los continentes a la miseria más oscura y desesperada.

Por último, los Estados Unidos, con el fin de conservar su hegemonía en el mundo occidental, comenzaron una política agresiva contra la Unión Soviética basada en el incremento de los gastos militares —que funcionó también como ayuda a una economía de pobre desempeño— y la supresión de la autonomía de otros países en sus relaciones con los países socialistas. La administración Reagan primero y la de Bush después hicieron suyas esta política.

Los efectos de las elecciones que se hicieron después de que volvieron a aflorar las contradicciones interimperialistas han permanecido a la vista de todos durante los últimos 15 años: la desaparición del campo socialista que tenía su centro en la Unión Soviética (desaparición que fue facilitada por la incapacidad de los grupos dirigentes de los países socialistas), el resurgimiento de la hegemonía capitalista —que actualmen-

te es indiscutible— y un fuerte repliegue de la clase obrera internacional y de los países “periféricos” (que incluye a los países del Tercer Mundo y a los que fueron socialistas).

Esta nueva e inesperada situación determinó en la década de los noventa un crecimiento cuantitativo del mercado, el control de las economías planificadas y la continuación de la revolución científico-técnica, lo que permitió arribar a una fase de recuperación económica general. Estos procesos permitieron márgenes económicos y financieros más amplios que impidieron la caída de las ganancias y propiciaron una fase de concertación internacional, esto es, de mediación entre las grandes potencias bajo el liderazgo de los Estados Unidos. La administración Clinton fue la forma más completa de esta política.

La nueva situación internacional no afectó las tendencias que habían surgido en la década de los setenta. En lo que respecta a la ideología, la homogeneidad de los puntos de vista es tal que ahora se habla de “un solo punto de vista mundial” y de un mundo unipolar bajo la hegemonía norteamericana. Pero los procesos reales fueron hartamente diferentes. La década pasada fue testigo de la materialización de una serie de factores que caracterizan ahora el escenario “multipolar”.

El primero y más relevante fue el nacimiento del euro. Este no es solo un medio de intercambio que se emplea en un mercado mayor que el de los Estados Unidos, sino también y, sobre todo, una divisa internacional de reserva que compite con el dólar y socava la situación financiera de este. Está también la transformación de China de fabricante de productos industriales en sujeto económico internacional capaz de amenazar la supremacía norteamericana. Este desarrollo es parte de un escenario económico en el Lejano Oriente que está afectado por el estancamiento de Japón. Este estancamiento no solo es producto de las políticas de ese país, sino también de la agresiva política económica de los Estados Unidos. De hecho, hacia finales de la década de los noventa, los Estados Unidos desencadenaron y dirigieron una serie de crisis financieras con la inapreciable ayuda del FMI. Entre estas crisis tuvo importancia la que puso de rodillas la economía japonesa. Hasta la década de los noventa Japón se consideraba una amenaza para los Estados Unidos.

Las contradicciones interimperialistas no solo se manifestaron en el campo económico, sino también en el militar. Las guerras constantes y las intervenciones militares del siglo xx (desde la primera intervención en Iraq hasta la agresión contra Yugoslavia) fueron calificadas de acciones humanitarias por la ONU, los países occidentales y la OTAN. En realidad esconden una feroz competencia por zonas de influencia ligadas a intereses económicos (el control de materias primas como el petróleo), por zonas estratégicamente importantes para el transporte y las conexiones geográficas o por zonas geopolíticas como los Balcanes y Europa Oriental que son decisivas para la construcción de una Europa fuerte.

Así pues, en los últimos treinta años, el panorama internacional sufrió modificaciones radicales que fueron resultado no tanto de conflictos militares y políticos que ciertamente ocurrieron y que también fueron importantes. Por el contrario, fueron el efecto de un hondo cambio que afectó profundamente a aquellos sujetos que lo provocaron. Los sujetos del imperialismo moderno proceden de estos desarrollos. No son solo los Estados-naciones, sino también los bloques económicos. Estos últimos son polos imperialistas que marchan hacia una integración cada vez más estricta mediante constantes reestructuraciones, cuyas formas políticas e institucionales no serán las mismas que en el pasado.

Este cambio posee sólidos fundamentos. El primero de todos es la integración internacional de la producción alrededor de los centros del desarrollo imperialista. La relocalización de las fases más avanzadas de la producción en el centro de los bloques económicos, la investigación científica y tecnológica, la concentración de la mercadotecnia principalmente en los mercados más desarrollados, la producción de mercancías de baja composición orgánica del capital en la periferia, donde los costos laborales son los más bajos y el desarrollo de sistemas de información que aceleran todo lo posible la circulación de mercancías son manifestaciones del impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas durante las últimas décadas, un desarrollo que el capital fue capaz de propiciar justo en el momento en que la crisis era más aguda.

Este desarrollo, sobre todo en sus momentos más dinámicos, no se caracteriza ya por la producción estandarizada de mercancías, como fue el caso hasta la década de los setenta del siglo xx, sino por las grandes redes de servicios como las telecomunicaciones, la energía, el transporte, la capacitación, es decir, la investigación científica, y las finanzas. Todo esto necesita el papel vital del Estado, a diferencia de la ideología neoliberal que proclama la eliminación del Estado por la mano reguladora del mercado. El desarrollo actual de las fuerzas productivas no origina un gobierno mundial indefinido e improbable. Por el contrario, las funciones estatales deben ajustarse tanto cuantitativa como cualitativamente, o sea, no pueden ser las mismas que ejercía en los siglos xix y xx. El surgimiento en todas las zonas del planeta de bloques económicos debe verse dentro de este marco.

La tendencia a la constitución de zonas monetarias se ve reforzada también por la creciente inestabilidad de los mercados financieros, que es empleada y fomentada por los Estados Unidos a través de las políticas criminales del FMI y el Banco Mundial con el fin de conservar el señoreo internacional del dólar. Por otro lado, con el euro no ha sido posible iniciar procesos especulativos que crearían problemas similares a los que sufrió Japón después de la crisis financiera de 1999. Esto también es válido para la moneda china. El gobierno de Pekín no intenta someter su moneda a la “dinámica del mercado” porque desea impedir que los Estados Unidos intenten realizar maniobras financieras con el

fin de crear problemas a la competitividad china. Además, la creación de zonas monetarias regionales fortalece los gigantescos procesos de concentración monopolista y de racionalización entre las compañías.

El desarrollo integrado de los aparatos productivos, la formación de zonas monetarias homogéneas, el manejo de los flujos migratorios dentro de los bloques económicos emergentes y los intereses geopolíticos determinados por las diferentes ubicaciones geográficas son los elementos que fomentan la formación de nuevos sujetos imperialistas, los protagonistas de la actual competencia global.

La creación de la Unión Europea, el NAFTA (sigla en inglés: North American Free Trade Agreement), los intentos de los Estados Unidos de imponer un acuerdo de libre comercio en el continente americano, el proyecto MERCOSUR y los propósitos de Japón en Asia son procesos todos relacionados con proyectos esencialmente comerciales y económicos. Pero, al mismo tiempo, estos procesos constituyen una primera respuesta al desarrollo de las fuerzas productivas y al fuerte incremento de la productividad social resultante, que obligan a las distintas fracciones del capital internacional a competir entre sí.

Por supuesto, estos procesos tienen una naturaleza compleja y no son automáticos, sino resultado de elecciones subjetivas. Son respuestas a una necesidad objetiva. Esta respuesta debe ubicarse dentro de un contexto histórico objetivo, como un aspecto de las posibilidades creadas en el interior de ese contexto. Sería erróneo dar por hechos resultados que en la actualidad solo se pueden vislumbrar. Lo que ahora contemplamos es un cambio global que afecta a aquellos asuntos, no solo económicos sino también institucionales, que cobran forma estimulados por las condiciones de operación específicas de los diferentes bloques.

La teoría del valor y el imperialismo

Nos encontramos ante una nueva fase del imperialismo que paradójicamente es igual y diferente a la del siglo XIX, basada en la supremacía de los Estados-naciones. Vale la pena repetir de nuevo que la fase actual del imperialismo no está relacionada exclusivamente con la beligerancia militar, sino fluye a partir de los desarrollos económicos, sociales, políticos e institucionales globales de la sociedad capitalista. Si tomamos esta observación como premisa podemos deducir la estrecha relación que existe entre la dinámica interna del sistema capitalista y los inevitables períodos de crisis que destruyen el capital excedente. La causa del actual drama humano y social la constituyen los acontecimientos militares y económicos que el nivel de “desarrollo” presente genera.

A fin de interpretar la recurrencia cíclica de las crisis interimperialistas debemos destacar la dinámica interna de este sistema social y partir del análisis de Marx, en particular, de su teoría del valor y de la subsi-

guiente teoría de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Uno de los aspectos débiles del movimiento revolucionario de las últimas décadas ha sido el abandono de una investigación teórica completa y la repetición de fórmulas aparentemente desgastadas.

Retornar a los altos niveles de la teoría de Marx, ubicarla dentro de la teoría del valor por el trabajo, el incremento histórico de la composición orgánica del capital, la tendencia decreciente de la cuota promedio de ganancia, la mayor competencia, primero, entre los sectores productivos y, después, entre los países imperialistas: son estos los elementos que constituyen una guía teórica que debe utilizarse para analizar la realidad actual, el cual nos permite entender concretamente una crisis cuyos aspectos estructurales y severidad ocultan las ideologías oficiales. Las crisis se reproducen a sí mismas sobre la base del DNA de la sociedad capitalista. Mientras existan condiciones para el crecimiento económico esta formación social genera un desarrollo general y su propia hegemonía. Pero, tan pronto emergen sus contradicciones fundamentales, la competencia intercapitalista no puede hacer otra cosa que no sea enfrentar a los principales países entre sí.

Los intereses de los países imperialistas comenzaron a divergir en la década de los setenta del siglo xx cuando, después de una dilatada fase de crecimiento económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo llegó a su fin. En ese punto comenzaron a sentirse los efectos de la caída de la cuota promedio de ganancia. En consecuencia, no solo la competencia económica —como señalamos antes—, sino también la competencia militar y política se hicieron más enconadas. Esto marca el comienzo de una fase de conflicto que genera, en la década de los ochenta, la primacía de las finanzas en la economía, la criminal explotación de los países dominados mediante las políticas de deuda externa y desarrollo desigual, y las políticas norteamericanas en favor del señoraje del dólar que tenían por objetivo mantener a los demás países imperialistas en una posición subordinada. En otras palabras, los problemas de valorización del capital doméstico se reprodujeron fuera de las economías nacionales. Esto originó una fuerte competencia global y, en última instancia, probabilidades mucho más concretas de guerras, como quedó demostrado por las guerras de la década de los noventa y, particularmente, por la agresión de los Estados Unidos contra Iraq en el 2003.

¿Llegó de nuevo a su fin la *Belle Epoque*?

Abordar el problema del imperialismo exige analizar los datos económicos, las tendencias generales y las relaciones entre las grandes potencias, así como —en los comienzos del siglo XXI— tratar de entender la dinámica histórica que engendró el capitalismo y su evolución. La capacidad de interrogar el pasado a fin de interpretar la dinámica más pro-

funda es un elemento decisivo que han de tener en cuenta los que se plantean la tarea de transformar la sociedad actual. La crisis del comunismo en el siglo XX no demostró que el capitalismo es eterno. Por el contrario, mostró que el proceso revolucionario es mucho más prolongado que lo que habíamos anhelado y creído a partir de las monumentales victorias de los movimientos obreros y antimperialistas de la década de los sesenta. Desde este punto de vista resulta evidente que la segunda mitad del siglo XX fue un período “bloqueado” en el que la amenaza mortífera del comunismo unificó el mundo capitalista bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano.

Esto fue posible gracias a los amplios márgenes de crecimiento que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial y a la indudable habilidad política estratégica de las clases dirigentes occidentales. Ellas fueron capaces de contener y obstruir la más directas expresiones de los “espíritus animales” del capitalismo y de las contradicciones fundamentales que dieron origen al período revolucionario anterior.

Podemos comparar la fase actual con las décadas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, un período de fuerte desarrollo capitalista. Son muchos los elementos comunes, pero podemos partir del prolongado período de crecimiento que comenzó en 1873 y llegó a su fin a mediados de la década de los noventa del siglo XIX y se conoció como la “gran depresión”. Este período puso en movimiento un proceso profundo de reorganización tecnológica, productiva, social y estatal que en lo sucesivo generaría la evolución de los Estados-naciones hasta adoptar las formas que conocemos hoy. Esa transformación originó una recuperación económica que duró hasta 1913 y que, aunque ciertamente produjo desarrollo, condujo a la Primera Guerra Mundial y a la matanza de toda una generación de europeos. Los apologistas de la globalización no deben olvidar que esta no es nueva en el capitalismo, toda vez que fue característica de muchas décadas y produjo, como en el caso del período antes mencionado, la eliminación de sectores económicos como el sector agrícola de esa época. Durante este período también tuvo lugar una larga fase de intenso desarrollo tecnológico, que incluso pudo haber sido más importante que el actual, así como de crecimiento del comercio internacional y del capital financiero. Este desarrollo sobrepasó las esferas productiva y económica, modificó los equilibrios estratégicos entre los Estados y desafió la primacía del Reino Unido en el siglo XIX en competencia con el emergente poder de los Estados Unidos y, en el viejo continente, con Alemania.

El surgimiento de la idea del imperialismo condujo a una transformación fundamental de la conciencia política europea. El primero en percibirlo fue el liberalismo. Resultaba difícil que el pensamiento liberal clásico —que propugnaba la mayor restricción posible de la intervención estatal y argumentaba que la mejor forma del orden económico

eran las leyes “naturales” del libre cambio— aceptara que el Estado, mediante una amplia política expansionista, tenía que desbrozar el camino de la economía hacia los territorios de ultramar. Pero el espíritu de ese período era más fuerte, por lo que aun los liberales no demoraron en descubrir sus inclinaciones imperialistas. En tiempos tan lejanos como la última década del siglo XIX surgió el imperialismo liberal bajo el liderazgo de Lord Rosebery. Los liberales rompieron sensacionalmente con la tradición de los Gladstones y no fueron menos que los conservadores en lo concerniente a su voluntad de anexar nuevos territorios al Imperio británico.

Este pasaje, tomado de *The Age of Imperialism* (1999) de W. J. Mommsen, muestra que el gran crecimiento de los países capitalistas en ese período era tanto cuantitativo como cualitativo. Esta transformación tomó la forma de cambios en la ideología dominante en lo relacionado con la confianza en el poder de la “mano invisible” del mercado en tanto que ley general, y en el papel del Estado en las aventuras imperialistas de esa época. Esto constituyó una ruptura con la visión que fue inherente al capitalismo, especialmente al capitalismo inglés, durante todo el siglo XIX.

También hoy se puede observar un cambio ideológico parecido, luego de un período de denuncias, tanto del comunismo como de las ideas de Keynes sobre la intervención pública en la economía. Después del ataque a las Torres Gemelas, los partidarios más convencidos del liberalismo y la desregulación reevaluaron rápidamente el papel económico del Estado y el gasto deficitario. En los Estados Unidos se tomaron algunas medidas que reflejaban este cambio: desde una reducción nunca vista de las tasas de interés hasta un incremento en los gastos militares, desde los subsidios directos a las compañías hasta una enorme reducción de impuestos, sobre todo para el capital.

La semejanza histórica entre los cambios ideológicos en los países imperialistas es muy revelador debido a que muestra los cambios reales en la estructura productiva y en los bloques de poder que son los protagonistas en el escenario mundial. Lo que se ha puesto de manifiesto hoy, al igual que en el siglo XIX, es que la economía capitalista solo puede crecer en lo fundamental a través de los gastos militares.

Cincuenta años de crecimiento capitalista constituyen un período muy prolongado. En él, las contradicciones internas surgen como una tendencia histórica, sin que importe cómo son demoradas, contenidas o restringidas. Cuando las ganancias disminuyen no existe otra vía que no sea la intervención estatal en forma de gastos militares. Esta es una contratendencia económica, un instrumento para resolver, en la actualidad de una manera indirecta, los conflictos interimperialistas. Es preciso subrayar que hoy día los gastos militares son un instrumento que solo tiene validez para los Estados Unidos. Es obvio que esto no se puede

emplear como un argumento para separar los malos Estados Unidos de los buenos Estados Unidos, pero es útil para precisar los rasgos de la fase actual.

Esta comparación histórica no se propone sugerir esquemas interpretativos en los que los resultados de una determinada fase son una conclusión precedente. Por el contrario, deseamos subrayar que las cuestiones fundamentales que surgen están estrictamente interrelacionadas con la naturaleza del imperialismo. Estas dinámicas ni se pueden eliminar de la realidad ni de la evaluación de las perspectivas de la lucha de clases y, de un modo más general, de toda la humanidad.

Sabemos cómo el capitalismo salió de la fase anterior: a través de treinta años de guerras y de una profunda crisis que solo llegó a su fin con la Segunda Guerra Mundial. Lo que no sabemos es cómo podrá salir de la fase actual. Las interpretaciones deterministas son inútiles para la acción práctica y resultan dañinas a quienes las realizan; pero lo seguro es que marchamos hacia un período en el que se exacerbarán las contradicciones y los conflictos. En consecuencia, la hegemonía capitalista de los últimos 15 años, determinada por el llamado *pensiero unico*, una visión del mundo sin alternativas, será seriamente cuestionada.

La crisis de la hegemonía

El empleo de la guerra como volante de la economía capitalista no es nuevo, ya que en otras ocasiones ha sido utilizada por los Estados Unidos, el poder hegemónico capitalista, que hasta la década de los noventa del siglo xx se consideraron la “locomotora” de la economía mundial. Desde la guerra de Corea, que hizo posible que Japón se recuperara de su crisis, hasta Viet Nam, la Guerra Fría y, por último, la Guerra de las Galaxias de Reagan, la actividad económica que los episodios bélicos de la segunda mitad del siglo xx inducían benefició de diferentes maneras a todo el mundo occidental.

La diferencia no consiste en que se recurra a los gastos de guerra. Por el contrario, hoy día el keynesianismo militar no funciona ya como volante general, ya que beneficia únicamente a los grupos de poder norteamericanos. Esto modifica las relaciones dentro del campo imperialista y produce, obviamente, agudos conflictos que, a su vez, son una condición del ulterior crecimiento de la economía de guerra. Pero todo esto es, sobre todo, un síntoma evidente de una crisis de hegemonía no solo en los Estados Unidos sino también en el conjunto del sistema, toda vez que muestra los límites de un desarrollo que dejó de ser progresivo.

El papel que desempeña y las grandes dimensiones de la producción de armamentos implica un cambio en la naturaleza de la burguesía internacional, que se convirtió, de clase dirigente capaz de ser una fuerza conductora, en clase dominante. Desaparece el espacio para la media-

ción y todo se subordina a la valorización del capital mediante el empleo siempre creciente de medios coercitivos, incluso al precio de valores universalmente apreciados como la paz.

Los signos de advertencia de esta crisis no solo están dados por la importancia de la economía de guerra, sino también por otros síntomas que conciernen al conjunto de la sociedad capitalista en la fase actual de la globalización.

El primero y principal es el uso de la ciencia con el fin de incrementar las ganancias. Es cada vez mayor la divergencia entre las posibilidades de la ciencia y su empleo capitalista, lo que engendra consecuencias que ni siquiera las clases dominantes pueden controlar: desde los desastres ecológicos, hasta la manipulación genética de los alimentos y el llamado mal de las vacas locas. Los resultados de este desarrollo torcido afectan la vida diaria de la población y transforman una contradicción potencial en un problema político insoluble que socava la credibilidad del sistema social actual. El riesgo de que la muy elogiada autorregulación del mercado aparezca como lo que es: un mito y un engaño se contrarresta degradando la ciencia en técnica. Este proceso se inicia ya en la enseñanza, mediante la privatización de la investigación científica y las universidades y la apelación al misticismo en sus variadas formas. En este sentido, el empleo de los medios masivos como espectáculo es de fundamental importancia y crea una superstición moderna cuyo fin es impedir que la gente tome conciencia de las posibilidades que ofrece un tipo de ciencia no sometida a las necesidades del capital.

Otro indicio de las dificultades que el capitalismo enfrenta cuando se presenta como el único modelo viable es la situación social en el mundo. La reorganización internacional de la producción deslocalizó y reubicó esta y transformó a grandes masas de campesinos en proletariado urbano y en clase obrera de los países no imperialistas; pero también hizo superfluas a masas de personas que el capital no puede emplear, ni siquiera como fuerza de trabajo.

Nos referimos a la destrucción humana y social en África subsahariana, donde la vida humana nada vale y lo que cuenta es el control de las materias primas y los alimentos. Nos referimos también a ese grupo de países situados entre el Estado de Israel y Asia Central, la Unión Soviética incluida, donde el control del petróleo es de vital importancia para las grandes potencias y cuyas poblaciones e incluso los Estados se convirtieron en un “costo inútil”.

Las guerras civiles en África, la destrucción sistemática de las funciones políticas y sociales de sus Estados provocada por el SIDA, la destructiva presencia militar de Israel en el Oriente Medio, las intervenciones militares en Iraq y Afganistán y la penetración imperialista en los Estados de Asia Central son hechos que muestran cómo los Estados y las poblaciones son eliminados materialmente, en la medida de lo posible, si dejan de ser útiles para la producción de mercancías, como mer-

cados de consumo, o para satisfacer necesidades geopolíticas que no pueden delegarse más en las clases gobernantes locales.

Ningún pietismo occidental ni ninguna misión humanitaria emprendida por alguna organización internacional o no gubernamental puede ocultar lo que en realidad es un genocidio planificado, mucho mayor que el cometido por el nazismo contra los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Resulta evidente que la tragedia humana que experimentamos y que nadie puede negar es un signo de la crisis de credibilidad de un sistema que dice representar el fin de la historia.

El keynesianismo militar, el asalto del capital al trabajo y los límites formales cada vez más estrechos que se imponen a la democracia representativa son algunos de los temas que nos conducen a la controvertida cuestión de si la democracia burguesa es compatible con el imperialismo. Esta cuestión debe investigarse minuciosamente a fin de comprender el nexo real con la crisis del liderazgo burgués en los países imperialistas.

Con este objetivo debemos partir de la divergencia que existe entre el Estado, es decir, la dimensión de la política formal, y la sociedad civil, donde se generan las diferencias sociales. El sufragio universal se considera acertadamente una conquista emancipadora de la población. Sin embargo, en la sociedad actual el derecho de los ciudadanos a votar está limitado por la separación entre la sociedad civil y el Estado, cuyas reglas de gobierno deben, por lo menos en teoría, crear las condiciones para la igualdad de todos los ciudadanos. En realidad, esta separación protege los derechos de propiedad y garantiza la imposición de los derechos del más fuerte: el capital. En la mayoría de los casos, la clase dominante es capaz de convertirse en clase dirigente que, directa o indirectamente, controla los instrumentos del poder político del Estado, un poder que habitualmente ejerce en beneficio de sus propios intereses individuales o colectivos. Si esto es posible en las condiciones de la “democracia” formal, es decir, el funcionamiento de las instituciones que aseguran la representación, la participación popular, la transparencia y la rendición de cuentas, muy bien. Si no lo es, si el dar preponderancia a los intereses de clase dicta un cambio en la forma del Estado y un abandono de los símbolos de la democracia burguesa, así sea. En términos generales es esta una condición “fisiológica” de la democracia burguesa que puede convertirse en un problema en los períodos de crisis social y económica. En este caso, las clases dominantes no vacilan en cambiar las “reglas” y reducir o eliminar los espacios de las formas políticas democráticas. La resultante “inestabilidad estructural” tiene que ver con el hecho de que, formalmente, la democracia debe representar a toda la población y, por lo tanto, también a las clases subordinadas, aunque en realidad no es más que un instrumento para ejercer el poder de clase. Por lo tanto, debemos ser cuidadosos para no confundir la “inestabilidad” con una contradicción fundamental. La democracia representativa no puede ser una contradicción porque la separación entre el Estado

y la sociedad civil impide que algunos intereses sociales participen en los asuntos públicos. Este impedimento es un elemento constitutivo del sistema social actual.

Para pasar del análisis teórico a la realidad concreta podemos dar muchos ejemplos que ilustran el hecho de que la democracia se mantiene en la medida en que resulta de utilidad óptima para la acumulación capitalista: Irán en la década de los cincuenta del siglo xx, Indonesia en 1965, el fascismo entre las dos guerras mundiales e innumerables dictaduras latinoamericanas apoyadas por los Estados Unidos. Disponemos también de ejemplos más recientes. En Europa es habitual hacer comparaciones entre los Estados Unidos y Europa y concluir que los primeros apoyan las políticas regresivas e imperiales, mientras que la última apoya las políticas democráticas y multilaterales. Esta mistificación se derrumba al considerar cómo se está realizando la construcción de Europa: el pueblo no posee ningún poder efectivo para tomar decisiones, mientras que los centros del poder político y económico son dirigidos directamente por aquellos que ejercen el verdadero poder financiero y económico en el continente. En realidad, la construcción de una Europa unida transcurre en un contexto de conflictos y contradicciones que se manifiestan en la elaboración de la Constitución Europea o en la formación del llamado núcleo duro, del que forman parte Francia, Alemania y el Benelux. En todo esto lo único cierto es que el parlamento europeo posee un poder ridículamente pequeño, que los parlamentos nacionales perdieron muchas de sus prerrogativas y que no existe una coordinación europea entre los movimientos sindicales y sociales europeos que sea capaz de influir en este proceso e impedir sus más peligrosos efectos.

A pesar de todo, la crisis de la democracia burguesa adquiere importancia porque las restricciones que surgen en ciertas coyunturas históricas son en realidad el límite de la hegemonía imperial. Es esto lo que se debe destacar si queremos explicar la crisis de perspectivas propia de nuestro modelo social y sus oligarquías.

En resumen, son muchos los elementos mediante los cuales podemos contemplar la crisis de credibilidad que parecía haber desaparecido con el colapso del campo socialista. No ocurrió así y ahora vuelve a emerger y está engendrando un movimiento internacional que, aunque carece de una forma definitiva y una estrategia efectiva, proclama vigorosamente que “otro mundo es posible”.

Una cuestión de subjetividad

La nueva aparición de las contradicciones interimperialistas genera procesos constantes de producción y reorganización social que afectan los bloques económicos emergentes como una contradicción de clases. Se

trata de un conflicto entre los poderes financieros y el bloque dominante, por un lado, y las clases subordinadas —y no solo el proletariado—, de otro. De hecho, la competencia global ejerce una presión constante sobre los capitalistas y los obliga a extraer más plusvalía de los trabajadores en forma de tiempo de trabajo no pagado, así como del conjunto de la sociedad.

Debido al conflicto de clases promovido “desde arriba” se ha producido una desorientación política general que, por un lado, condujo a un repliegue de los sectores sociales hacia su propia condición material sin conciencia de clase y, por otro, dio origen a posiciones que niegan la importancia del conflicto capital-trabajo.

Las manifestaciones sociales de los problemas ecológicos y de las contradicciones entre los sexos y entre ricos y pobres desempeñaron un papel rector en la lucha política, sobre todo en los países imperialistas, e influyeron considerablemente en lo político y lo social, así como en vastos sectores de militantes, intelectuales y organizaciones políticas de izquierda. No negamos la importancia de estas contradicciones. Todo lo contrario, pues son muy importantes en la lucha antimperialista y lo que se requiere es combinarlas y unir las. Sin embargo, estas tendencias que afloran en la nueva situación mundial están devolviendo su papel central y su capacidad de difusión a la contradicción de clases.

La reorganización de la producción en el centro, la deslocalización y reubicación de la producción de mercancías cerca de las fuentes de trabajo barato, la creciente flexibilidad forzada del trabajo tanto en los países subordinados como imperialistas, la reducción sistemática de la parte del trabajo (salarios directos e indirectos) en el ingreso nacional (como una proporción del PIB), la reducción y la caída generalizada del poder de compra de los salarios y, por ende, del consumo son los “desarrollos” principales que muestran que los que participan en la lucha de clases contra el trabajo no necesitan de la ideología y van directamente al corazón de la cuestión. El objetivo es restaurar un orden económico que no es nuevo y retornar a una antigua condición. Es obvio que este “retorno” está revestido de nuevas formas sociales y productivas que guardan relación con un nivel más avanzado de las fuerzas productivas y con una organización industrial diferente.

El carácter central de la contradicción capital-trabajo emerge nuevamente, junto con el crecimiento de otras contradicciones generales. Potencialmente, no se trata de un conflicto por la distribución de la riqueza, aunque puede cuestionar también el fin mismo de la producción social.

La experiencia histórica de los movimientos obrero y revolucionario del siglo xx nos enseña que la reaparición de las contradicciones principales tiene una función muy precisa. En realidad, la contradicción capital-trabajo surge como una condición objetiva de la posible superación del sistema capitalista. Pero esto no conduce automáticamente a una transformación revolucionaria. En este sentido la interpretación deter-

minista del desarrollo capitalista, comúnmente aceptada en las últimas décadas del siglo XIX y que persistió en el XX, era errónea. Según esta interpretación equivocada, la transformación social era tanto inmanente como inevitable, el resultado de un sistema llevado hasta y más allá de sus límites. Este punto de vista determinista subestima el papel de la subjetividad política en el proceso de transformación (desde el capitalismo hasta el socialismo y de aquí al comunismo). La subjetividad es un factor esencial en el proceso de cambio de sistema. Es el único factor que puede engendrar cambios revolucionarios si satisface las necesidades teóricas y políticas.

La caída de la Unión Soviética mostró que la construcción del socialismo es reversible. Esto nos debe incitar a investigar con mayor profundidad la relación que existe entre la objetividad y las iniciativas de los partidos y de las organizaciones socialistas y obreras. Estas últimas son ahora conscientes de que la consideración de los datos económicos es insuficiente para explicar la capacidad del sistema dominante para recuperarse de la crisis del movimiento revolucionario y socialista.

En un momento en que se manifiestan de nuevo los límites históricos de la hegemonía imperialista no debemos limitarnos a enfrentar las nuevas condiciones que aparecen, sino que debemos abrir un debate e iniciar un trabajo colectivo que nos permita hacer frente a esta nueva fase de la lucha de clases. Para estos fines no basta con superar errores pasados, pues también debemos mantenernos enraizados firmemente en la historia y las tradiciones de la revoluciones del siglo XX.

Los comentarios del último párrafo se refieren a cuestiones que, si se quieren examinar seriamente, exigirían mucho más espacio y un nivel de análisis muy diferente. El propósito único de esos comentarios es aclarar que el análisis de los rasgos concretos del imperialismo es insuficiente para crear nuevamente una alternativa social radical.

La relación capital-trabajo en el análisis marxista

Como conclusión abordaremos y discutiremos algunos conceptos clave del análisis marxista. Pero, antes de hacerlo, pedimos disculpas a los especialistas que preferirían una forma de análisis más “compleja” o matizada. Nuestra exposición será necesariamente sintética y, por lo tanto, simplificada. Pero lo importante es comprender la relevancia, la coherencia interna del pensamiento de Marx en estas cuestiones y su permanente capacidad de explicar la dinámica fundamental del desarrollo capitalista, incluso cuando se despliega en un contexto histórico muy diferente. No necesitamos hacer apologías, pues el marxismo sigue siendo el sistema rector de pensamiento en lo relacionado con la dinámica del desarrollo capitalista y la sustitución del capitalismo por otro sistema.

La “economía política” clásica, a la vez que consideraba que la fuerza de trabajo era la fuente del valor y situaba el trabajo humano en la base del progreso de la humanidad, sostenía que el sistema capitalista sustentado en la propiedad privada sobre los medios de producción y en el trabajo asalariado era el único sistema económico racional y, por lo tanto, natural.

La investigación y la teoría de Marx tienen como punto de partida estos presupuestos teóricos e ideológicos. La primera y fundamental mistificación de la economía política es, según Marx, considerar un cierto tipo de economía, una forma social *específica* de la reproducción humana simplemente como “la economía” y “la sociedad”. La economía política no considera el capitalismo como una realización de la historia que, como tal, tuvo un comienzo y tendrá necesariamente un fin.

A fin de subrayar esta contradicción, Marx emplea en sus *Manuscritos económicos y filosóficos* el mismo análisis implacable que la propia economía política utilizó para criticar la sociedad industrial.

Los teóricos de la “economía política” sostienen que el valor de una mercancía está dado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla y es proporcional a este. Al mismo tiempo muestran que el salario del obrero constituye solo una parte del valor añadido por el trabajo a la producción. En efecto, el salario representa un costo para el capital que se basa en el valor de la fuerza de trabajo en tanto que mercancía. En esta forma el salario representa lo que le cuesta al capital asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, la subsistencia de los obreros y sus familias. La diferencia entre el valor producido por el trabajo y el valor reflejado en el salario es la plusvalía, la fuente de la ganancia, cuya búsqueda hace avanzar el sistema.

Partiendo de esta teoría del valor, Marx revela por primera vez en la historia de la economía y de una manera rigurosamente científica el secreto oculto del desarrollo capitalista, la esencia de la relación entre el capital y el trabajo: el mecanismo de la explotación capitalista a partir del análisis de la plusvalía como trabajo no pagado.

Pero Marx no se detuvo aquí y mostró que la apropiación capitalista del trabajo no pagado no viola las “leyes” internas del capitalismo, esto es, las tendencias que se derivan del modo de organización del sistema. Esto es aún más cierto en la situación actual en la que los elementos propios del modelo fordista en la periferia coexisten con el llamado modelo posfordista característico de los países capitalistas desarrollados e incluso con los sistemas que se encuentran en la periferia (la periferia también incluye algunas zonas marginales del centro). Hoy día los diferentes aspectos del mismo modo capitalista de producción coexisten en el mismo sistema; este sistema se sigue basando en la extracción de valor y plusvalía, y en una clase de obreros sujetos a la explotación y al dominio capitalista. *En este sentido es que todavía podemos hablar del proletariado como una clase y del movimiento de los obreros.*

La noción clásica del trabajo entra en crisis debido al capital como información, que es el fundamento del capitalismo posfordista. De hecho, la creación de valor ya no se basa exclusivamente en el tipo de explotación típica de la fábrica fordista. Pero la plusvalía, aunque proviene de la actividad de la *fábrica generalizada, social, se sigue creando mediante la apropiación del trabajo (excedente)*. La economía de la información controla y desarrolla las capacidades de la acumulación flexible y de esa forma somete las subjetividades sociales al poder de las tecnologías de la información y la comunicación, que en nuestros días domina no solo el tiempo de trabajo directo, sino también el trabajo de la vida social en su conjunto. *Con más razón se puede sostener que, en la fase actual de la competencia global, la contradicción entre el capital y el trabajo se hace más aguda. Pero con ella crece también el potencial de una transformación social.*

Si esto es así, la sociedad capitalista en modo alguno es un mundo de relaciones armoniosas. Todo lo contrario, es el lugar de un conflicto general, económico, social, comercial y financiero y de lucha entre las clases. Esto es más evidente hoy en el marco de una competencia global entre las potencias imperialistas unas veces desenfrenada y otras controlada.

Los economistas políticos clásicos en ocasiones entendían estos conflictos pero no consiguieron captar el hecho de que el conflicto y la lucha de clases es la esencia misma del sistema capitalista; la causa central, real de todos estos conflictos que enfrentan a los grupos sociales de la sociedad civil entre sí es el conflicto fundamental entre el capital y el trabajo.

En realidad, el proceso de acumulación de capital hoy día, independientemente de la coyuntura y las circunstancias específicas de las diversas condiciones, incluidos la competencia global y el conflicto entre los polos geoeconómicos, se sigue sustentando como siempre en la explotación del trabajo asalariado. Es precisamente en la articulación de estas dinámicas socioeconómicas, en la posibilidad de organizar la sociedad sobre bases diferentes donde las contradicciones de clase devienen dominantes.

Así pues, ha tenido lugar un proceso de redistribución de los territorios internacionales. Esto puede explicarse no solo mediante los fenómenos de transformación productiva —la reorganización industrial y la conversión tecnológica—, sino también a través del cambiante modo de aparición del modelo de desarrollo capitalista.

En estas condiciones deviene dominante una lógica económico-productiva diferente: la de una nueva acumulación generalizada, cada vez más diversificada en cuanto a los modelos de producción y de organización del trabajo si la comparamos con los procesos productivos anteriores. Sin embargo, esta lógica coexiste no solo con los modelos industriales que aún se basan en el trabajo asalariado y dependiente, sino también con una explotación cada vez más desenfrenada y con una progresiva extracción masiva de plusvalía absoluta y relativa.

Es precisamente esta y solo esta contradicción la que, de acuerdo con la dialéctica hegeliana, empuja el sistema hacia su trascendencia/transformación, lo que crea las condiciones objetivas (incapacidad de expandir las fuerzas productivas) y las condiciones subjetivas (un proletariado con conciencia de clase) de su colapso/derrocamiento.

Debido a que el capital crece y acumula solo a condición de que cree nuevo trabajo asalariado, es *dentro de la subjetividad política del movimiento de los trabajadores (sean empleados o desempleados, ambos provienen del conflicto —y crecen en medio de él— entre el capital y el trabajo) que la conciencia de clase (la necesidad de superar el capitalismo) puede alcanzarse.*

Todo esto debe estar claro y los marxistas parecen estar de acuerdo en estas cuestiones. Por cierto, parecería que cualquiera que haya estudiado esta cuestión está de acuerdo con estos elementos. ¡Pero este no es el caso! Grande es la confusión bajo el cielo del análisis del posfordismo. Y la situación es peor si tenemos en cuenta a los marxistas que sucumbieron a los imaginarios políticos de los analistas post-estructurales que argumentan que la gente, incluidos los obreros, ya no están sometidos a la explotación o a cualesquiera otras condiciones objetivas del desarrollo capitalista. Desde esta perspectiva post-estructuralista o posmodernista de la sociedad, no existen fuerzas estructurales que obran sobre la gente en condiciones objetivas de las que solo pueden escapar mediante la acción colectiva o clasista.

Desde que se publicó el tomo III de *El Capital*, se detectaron algunas contradicciones en el pensamiento de Marx. Los críticos problematizaron su concepto del valor, cuestionaron la naturaleza científica de la teoría marxista de la explotación y plantearon interrogantes sobre el carácter circular de sus argumentos en relación con la transformación de los valores en precios.¹

La importancia de este asunto está dada por el hecho de que es precisamente en este punto (la teoría del valor y el llamado “problema de la transformación”), así como en el análisis de las diversas y cambiantes formas del trabajo asalariado —en pocas palabras, el enfoque científico de la teoría de la explotación— donde podemos establecer la posibilidad, por no decir la inevitabilidad, de que el capitalismo está destinado a ser derribado por sus propios sepultureros en las condiciones objetivas y subjetivas de la transformación social.

¹ De hecho, estos son los mismos argumentos que escuché en el día de estudios internacionales que organizó el *Laboratorio per la Critica Sociale* el 21 de mayo del 2002, en la Universidad La Sapienza de Roma, con motivo de la presentación del libro *An Old Myth: The Transformation of Values into Prices in Marx's Capital* (editado por este autor y con artículos de Carchedi, Freeman, Kliman, Giussani y Ramos, y publicado por Ed. Mediaprint).